

POESÍA MÍSTICA

Jesús Martínez García



Presentación

Jesús Martínez García (Segovia 1957). Quinto de seis hermanos. Licenciado en Derecho y en Teología, Doctor en Filosofía. Desempeña su labor sacerdotal en Zaragoza. Finalista en 2002 en el Premio Mundial de Poesía Mística Fernando Rielo con *Juegos escondidos*.

Éste es el primero de una serie de cinco archivos con su obra poética hasta el año 2012.

La antología *Del amor a lo divino* (2009), recoge muchas de las poesías contenidas en los tres primeros archivos. En la antología *Poemas para después* (2012), las de los archivos 4 y 5. Sirvan estos poemas, digamos “figurativos” –no abstractos–, para hablar con Dios de esta manera. Si se publican, cítese el autor.

≈ ≈ ≈ □ ≈ ≈ ≈

LA POESÍA es un modo de expresar, a través de la palabra, aquello que en pasillos interiores perciben las cuerdas del alma. No es raciocinio, sino biseles de realidad que aflora el subconsciente desde la imaginación y la memoria, en transeúnte emoción, como de otro lugar. Las palabras quedan cortas y la imagen acude a evocar lo inefable que se lleva dentro. Para entenderlo, hay que haber estado allí, haber sentido aquello.

Sabe el poeta que su obra poética le supera, y que su sentimiento le viene dado de lo alto. Todo arte procede de Dios. La belleza y el gozo de las criaturas, la armonía con que se mueven, la maravilla del amor, le poseen e impulsan. Necesita expresar sus

sentimientos, aunque, tal vez, ni amado ni amada ni nadie los llegarán a conocer. Pero hasta que no reposan en el papel, los versos le persiguen y obsesionan.

El AMOR es el sentimiento más bello, la actividad más profundamente humana y el fin de la persona. Es el tema poético por excelencia. Es afecto, pasión porque se padece sin pretenderlo; y es decisión de amar.

Los filósofos griegos ya distinguieron esos dos aspectos: El *éros*: sentimiento, deseo del otro, deseo de posesión y plenitud: la única manera de ser feliz será con él, con ella. Y el *ágape*: entrega incondicional de sí mismo, servicio, hacer feliz al amado, darse sin esperar nada. Y así se es feliz.

Uno y otro, por separado, son falsificaciones del amor. Sin entrega, el *éros* es egoísmo, satisfacción personal; y sin el *éros* la entrega es esclavitud, da igual quien sea el otro. El verdadero amor supone ambas cosas, a la vez: te quiero porque me gustas, te quiero porque me quieres, me entrego porque te me entregas. Darse y recibirse del todo, ambos, uno al otro. Mi felicidad pasa por hacerte feliz a ti, que me quieres bien.

El amor humano adquiere, entonces, características “divinas”. El otro es su vida, su cielo, su todo; la razón de su existir.

Qué alegría, vivir sintiéndose vivido.

Rendirse a la gran certidumbre,

oscuramente,

de que otro ser,

fuera de mí, muy lejos,

me está viendo

(P. Salinas, *La voz a ti debida. Qué alegría vivir*).

El amor a los demás es reflejo del amor que Dios se tiene a Sí mismo y que Él nos tiene. Estamos hechos a su imagen y semejanza. Dios se llama Caridad. Ama al hombre y le quiere hacer feliz, y éste, intentando hacer feliz a Dios (cumpliendo su voluntad) lo es. En la tierra como será en el Cielo. Amor directo a Dios, o a través del amor a los otros, imágenes de Dios.

El *amor sponsal* es un tipo de amistad, total, y tiene en sí una dimensión religiosa. Es un acto entre tres: un hombre, una mujer y Dios, ante quien se comprometen. Juran, ponen a Dios por testigo. Él garantiza al uno y al otro que sus decisiones son sinceras. Porque las palabras se las lleva el viento. Por eso, la ratificación de la unión de las almas en la boda –la unión de los cuerpos– sólo es

verdadera expresión del amor si es entre los tres: en la presencia y voluntad de Dios.

El *amor místico*, finalmente, es el amor sublime, de la persona –célibe o casada– con Dios. Es ansia del Infinito, de plenitud personal y posesión, de júbilo: es *éros*. Y es entrega total al amado, incondicional, *ágape*. *Dame, hijo mío, tu corazón (Pr 23,26)*. Dios nos roba. Y nosotros se lo robamos a Dios. Quien se entrega totalmente a Dios, a quien recibe es a Dios. Entonces todo se advierte como regalo suyo: el cuerpo, el alma, los sentimientos, los demás, la creación entera. Y su hogar ya en la tierra es el Cielo.

LA POESÍA MÍSTICA, a diferencia de la poesía religiosa, expresa la unión del alma –de la mujer o del hombre– con Dios. El poeta místico contempla a Dios, y desde Él todo lo demás. Sabe que, mientras él pone “el cuerpo” –las palabras del poema–, es el Espíritu Santo quien da “el alma” al verso –eso que es la quintaesencia de la poesía–. Pero incluso las palabras le vienen regaladas, le salen al encuentro.

¿Quién eres Tú, Señor, Origen mío,
surtidor de mi sangre,
arquitecto del vuelo de mis huesos,
pintor de los colores de mis ojos,
horizonte infinito de mis ansias?

¿Quién eres Tú, Verdad sobreexistente,
que, oculta en el silencio, me regalas
el ser y la palabra?

¿Quién eres Tú, que habitas los espacios
sin espacio tangible que Te cerque?

¿Quién eres Tú, Presente que no cesa
fuera del tiempo que me lleva en andas?

(R. Matesanz. *Cartas al Cielo. Carta primera a Dios*). (Premio Fernando Rielo 1997).

Debo creer, porque amanece.
Porque es verdad
que el relojero más paciente sigue
dándole cuerda al Universo
sin que retrasen las estrellas (...).
Porque las flores en el campo nacen
sin que nadie las siembre.
Porque al morir los hombres que todo lo llenaron
puede ocuparse pronto su vacío
lo mismo que si no estuvieran muertos (...).
Porque hay otros mejores que yo que han conquistado
sus montañas altísimas de fe.
Una fe valerosa que tal vez consiguieron
pagándola en monedas de esperanza
con un precio ajustado por la muerte.
Quiero creer. He de tener paciencia
para no pretender que sea fácil
comprender el misterio, Señor, de tu grandeza.

(J.J. Aleixandre. *Para no morir del todo*). (Premio Fernando Rielo 2002).

Al místico todo le lleva a Dios. Y, sobre todo, sus obras más logradas: los santos. Las mujeres y los hombres transformados en lenguas de fuego de Pentecostés.

Dios alumbrando tu vivir por dentro.
Dios en el gozo de tu certidumbre.
Dios atizando tu palabra-lumbre.
Dios madurando tu filial encuentro.

En tu "Obra de Dios", Dios en el centro.
En tu altura de Dios, Dios en la cumbre.
En tu sangre de cruz, la reciedumbre
de Dios crucificándote por dentro.

Dios poseyó tus días y tus horas,
tus noches, tus tinieblas, tus auroras,
tu corazón donado enteramente.

Y tanto te fundiste en su mirada,
que te hiciste en la Iglesia llamarada
para alumbrar a Dios sencillamente.

(R. Matesanz. *En el Hogar de Dios. Sumergido en Dios. A San Josemaría Escrivá de Balaguer*).

LA POESÍA AGNÓSTICA, por así decir-la, pone a Dios por descontado. Es la de quien ha nacido viejo, porque no se asombra del sonido del big-bang en cada cosa, ni de la Mirada que está latiendo en ellas. Huérfano del Padre, hijo de la guerra, no admite regalos, no se sabe criatura ni siente la necesidad de ser salvado. Su poesía, referida al amor humano, es bidimensional, intrascendente.

Tú, místico, ves una significación en todas las cosas.

En cuanto a mí, gracias a tener ojos sólo para ver, veo ausencia de significación en todas las cosas
(F. Pessoa. *Poemas inconjuntos*).

Pobres, fueron a buscar en otra parte. El hombre para quien Dios no es Alguien, percibe el ansia de permanecer siempre, que todos tenemos como cosido al alma; pero advierte todo en su vida con código de caducidad y gusanos. Lo trasluce su poesía. Sabe que ese intenso sentimiento acabará, porque detrás del beso está siempre maciza e implacable la calavera, la muerte.

"Nos creemos
que allí (en el beso) se aprieta el mundo,
que se cierran
el final y el principio:

(los labios) engañan sin querer.
 Pero la frente es dura;
 por detrás de la carne está, rígida, eterna,
 la respuesta inflexible,
 monosílaba, el hueso"

(P. Salinas, *La voz a ti debida. La frente es más segura*).

No le queda más remedio, para salvarse, que insertarse en el recuerdo de la amada, de los que vendrán después, en ese ente de razón que llamamos "la humanidad". Le es necesaria la memoria histórica, aunque sólo sea para quedar su nombre impreso en una calle, en una estatua, en una poesía; en una lápida vertical, rodeada de hojas secas, en el olvidado cementerio de una biblioteca.

¿Qué hará con la memoria
 de esta noche tan clara
 cuando todo termine?
 ¿Qué hacer si cae la sed
 sabiendo que está lejos
 la fuente en que bebía?
 ¿Qué hará de este deseo
 de terminar mil veces
 por volver a encontrarle?
 ¿Qué hacer cuando un mal aire
 de tristeza la envuelva
 igual que un maleficio?
 ¿Qué hará bajo el otoño
 si el aire huele a humo
 y a pólvora y a besos?
 ¿Qué hacer? ¿Qué hará? Preguntas
 a un azar que ya tiene
 las suertes repartidas
 (J. A. Goytisolo, *El aire huele a humo*).

Queda la nostalgia, el refugio del perdedor. Vivir de recuerdos en la ficción del sentimiento, ahondando en la herida de lo que no volverá. Sabiendo que es falaz, cuando se vayan, lo que dejen esculpido en su tumba: No te olvidaremos.

Porque presiento en este alejamiento humano cuán míos habrán de ser los hombres venideros (...).

Si renuncio a la vida es para hallarla luego, conforme a mi deseo, en tu memoria (...).
 ¿Hay más? Y si lo hay, ¿adónde hallarlo?
 No conozco otro mundo si no es éste.
 Y sin ti es triste a veces. Ámame con nostalgia, como a una sombra, como yo he amado (...).
 Vivo en tu entraña con un afán sin nombre (...).
 En sus limbos mi alma quizá recuerde algo, y entonces en ti mismo mis sueños y deseos tendrán razón al fin, y habré vivido.

(L. Cernuda, *Como quien espera al alba. A un poeta futuro*).

Se arrastra la pena de no saber a dónde se va, viviendo un camino que no tiene más fin que el hacerlo, del cual no queda nada, como desaparecen las estelas en el mar.

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
caminante, no hay camino
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.

(A. Machado. *Campos de Castilla, Proverbios y cantares*).

El ideal budista: volverse insensible piedra, hasta alcanzar la plenitud del vacío:

No existe el paraíso, pues el ansia
destruye cuanto sueña.

Tal vez fuera mejor desterrar los anhelos
y abrazarse a la calma que concede
la impavidez de quienes nada esperan.

Melancolía es la sustancia del hombre

(A. Gracia, *La epopeya interior, Materia*). (Curiosamente, Premio Fernando Rielo 2001).

Cuando la vida carece de sentido hay que refugiarse en algo "para no morir del todo". En la poesía, por ejemplo, como una especie de "Casa de misericordia" (título de un poemario de J. Margarit, premio Nacional de Poesía, 2008).

CRISTO EN LA CRUZ, por el contrario, permanece mientras el mundo gira, como reza el lema de la Cartuja: *Stat crux dum volvitur orbis*. Es el signo permanente del amor de Dios por cada hombre, del amor que puede transformar este mundo en hogar humano, pacífico y alegre. Es misterio trascendente, salvífico, eterno.

La Caridad no es un amor cualquiera. Es lo que ayuda verdaderamente a uno mismo y a los demás; lo que perpetúa en la vida eterna, y hará que el mundo, que salió "bueno" de las Manos alfareras, permanezca transformado para siempre. Es el amor con mayúscula que, habiendo partido de Dios-Amor, cada hombre ha de devolver –se devuelva a sí mismo– con la misma moneda, con la Caridad que Él le da, y que se extiende y manifiesta en el amor a los demás hombres.

Entendida así la vida humana, como historia de amor entre Dios y el alma, ese alma y ese amor traspasan el umbral de la muerte. De ahí la alegría y la seguridad que atraviesa

el tiempo, el lugar y la tarea que a uno le haya tocado desempeñar en este mundo. En el Cielo se verá que todo eso eran las circunstancias, sólo el marco del cuadro.

Todo amor parte de Dios. Crea al hombre porque le ama. Desea por amor compartir con él Su vida. El compromiso de Dios con los hombres –la Alianza en el monte Sinaí– era de amor. Y la nueva Alianza de Jesús en el Cenáculo es la misma, mucho más profundamente: Dios nos ama en Cristo, y desea nuestro libre compromiso, nuestro cariño, para hacernos felices.

Porque nos ama nos ha dado y no deja de darnos: sus palabras, su ejemplo, su Cuerpo y su Sangre, su Espíritu Santo, su Madre, su Iglesia, su gracia. La palabra de la Cruz es un resumen. Resumen de su vida de trabajo carpintero, de su sufrimiento, de su amor. Es la señal del cristianismo, del cristiano.

Esta propuesta, de Tú a tú, reclama la respuesta de amor, la parte de la Alianza que le toca a cada hombre. Toda vida, y toda la vida, es respuesta. Cuando alguien se entrega a Dios, cuando tiene la experiencia suprema del amor divino, descubre su propia verdad: aunque frágiles figuritas de porcelana, somos una ilusión de Dios. Y viene en nuestra ayuda con su gracia inenarrable. Se hace oración de otra manera, confidente. Quien no entienda su vida así, como historia de amor de Dios y el alma, se quedará en intuiciones, en el envoltorio, en sombras del amor con mayúscula y eterno.

En la vida hay que romper, llorar, para nacer, para amar, para crecer; quedar el corazón en carne viva –como los ojos– para ver. ¡Bendito sea el dolor donde la vida empieza!

En el árbol de la cruz la vida sobrenatural empieza. Así canta la liturgia del Viernes Santo a la Cruz. El amor de Dios llegó a la cumbre en el Calvario. Para eso nació Dios, hecho Jesús, para dar su vida por la nuestra. Como que murió “en el parto” de nuestro nuevo nacimiento. La cruz es el lugar de encuentro, para alcanzar la salvación, la felicidad verdadera.

Hay que subirse a la cruz de la voluntad del Padre. En palabras de San Juan de la Cruz, volar un vuelo de amor tan alto, tan alto, que dé a la caza alcance. Y por Él ser devorado.

El *Verbum crucis* es la última palabra de Dios a los hombres, la que puede rasgar el

corazón endurecido, o el corazón ignorante, para encontrar el paraqué de la existencia y se convierta hacia Él. Porque sin Dios la vida no tiene sentido.

Ahora que sabes que el silencio escucha, desde detrás de todo, tus palabras, te has quedado sin nombre ni palabras. Y en este despertar entre dos sueños que resume tu vida, sigues velando esa pregunta extraña: ¿por detrás del silencio hay más silencio o el silencio es la voz del Dios que falta? (J. Mateos. *Soliloquios y Divinanzas, Sin título*).

En esta vida, de uno u otro modo pasamos por la prueba de la fe. Porque al fin Dios es el regalo, y lo hay que merecer. El agnóstico suspende. Suspende el juicio y no la supera. Sin Dios se queda.

¡Pájaro que vuelas,
chirría la y tonada de tu canto,
como el pájaro del desierto!
¡Loco de ti, esconde tu corazón sangrante
entre el hielo y las mofas!
Los cuervos graznan, en bandada
dirigen su vuelo a la ciudad;
pronto comenzará a nevar.
¡Ay de aquel que no encuentre el hogar!
(Nietzsche. *Ditirambos Dionisiacos. Solitario*).

El místico, en cambio, persevera. Dios siempre estaba allí. Y, como en un despertar, lo llena.

¡Oh dichosa ventura no soñada!
¡Huyeron las tinieblas!
Los ojos que abnegaron claridades
desmayan al temblor de la sorpresa.
¡Mi ánfora de barro,
herida por el cierzo y por la arena,
mi ánfora tan pobre,
toda tu luz encierra!
¡Y en esa misma luz, Amor, tu rostro,
y en esa misma luz Tú te me entregas!
Ya no hay noche ni muro,
hay tan sólo la certeza
de saber que soy tuya y que eres mío.
¡Oh bendita ceguera,
que me dejó en la cuna de tus brazos
dormida entre azucenas!
(M. Maristany, *Música callada, Te desposaré conmigo por fe*). (Premio Fernando Rielo 19996).

≈ ≈ ≈ □ ≈ ≈ ≈

Zaragoza, 8 diciembre 2012